

El artista ovetense que ha logrado los premios Nacional de Ilustración y «Lazarillo» está en la vanguardia del libro infantil

Pablo Amargo

El espíritu de la Ilustración

TEXTO: JAVIER CUERVO / FOTO: NACHO OREJAS
ILUSTRACIONES: PABLO AMARGO

Pablo Amargo (Oviedo, 1971) no dibujó monigotes en las paredes, pero en la adolescencia algo que no es capaz de recordar le llevó al dibujo, y éste, a la Facultad de Bellas Artes de Salamanca, interesado por la imagen gráfica y la publicidad. Todo lo que aprendió allí lo dirigió a la ilustración, a la que se dedica desde hace diez años. Tiene el Premio Nacional de Ilustración 2004 por «El monstruo de la lluvia» y el premio «Lazarillo» de ilustración de 1999 por «No todas las vacas son iguales». «Los premios hacen durar los libros, permiten que no desaparezcan en el primer mes. Enorgullecen, pero no por vanidad», dice. Buena parte de su obra es inencontrable: la prisa editorial apenas mantiene un libro en el escaparate ni en el almacén.

Es de los buenos dibujantes que se atan la mano derecha. «Chillida dibujaba a gran velocidad del natural y eso le hacía decir: "Esto que ha salido con tanta facilidad no puede ser arte". Empezó a dibujar con la izquierda para que el pensamiento fuera por delante de la mano». El cerebral Amargo no para de reflexionar sobre la ilustración, contra su mano fácil. Piensa todo el día, dibuja y borra en la mente y está en el tablero de 5 a 12 horas, según el trabajo que tenga.

Está en la vanguardia internacional de la ilustración del libro infantil, en algunos casos comprados por adultos que los pueden compartir con un niño... o no.

¿Qué quiere ver un niño? «No puedo pensarlo. Lo que hago no es lo que me gustaba ver de niño, pero lo muestro en los colegios y les sorprende y entienden muchas claves que doy para adultos».

Trabaja pensando en un público con cualidades: «Más listo, preparado, culto, inteligente y audaz que yo. Alguien que me supera y a quien debo sorprender».

Dibuja para una proyección de sí mismo.

El momento para la ilustración es bueno.

(«Ahora el arma de destrucción masiva son los caricaturistas de prensa», bromea).

«En un congreso que se celebró en Salamanca a mediados de los noventa se dio por muerta la ilustración, pero ahora hay un auge del libro ilustrado y en cada ciudad

hay una librería especializada en ellos. La publicidad y muchas revistas han prescindido mucho de la fotografía».

El ilustrador Arnal Ballester dice que el «ilustrador de libros es un maquillador de cadáveres», de textos muertos, sin vida. «Las editoriales incorporan la ilustración como reclamo comercial: pueden beneficiarse económicamente o por prestigio. A veces los libreros están vendiendo un folio, una anécdota innecesariamente alargada, sin interés, a la que el ilustrador da vida».

¿Cómo trabaja? Si recibe un texto, lo lee, lo muestra a compañeros en los que confía para decidir si merece la pena y plantea al autor tres condiciones inapelables:

No verá nada hasta que acabe.

Debe tener paciencia, porque puede llevar meses o años acabarlo.

Cuando esté terminado, el escritor puede hacer consideraciones pero no caprichosas. «Cuando el autor coloca el punto final ya ha dicho todo lo que tenía que decir. Y por escrito». Si el autor no acepta el resultado, no hay libro. Si acepta, van a medias en los derechos de autor.

¿Cómo enfoca ilustrar el texto?

Lo medita e interpreta. «No sólo no debo aclararlo, sino que puedo generar contradicciones. Mi objetivo es ofrecer un mundo personal de preferencias visuales y conciliarlo con el mundo personal del escritor, pero decir lo mismo que el texto sería mala ilustración».

Una parte del libro infantil parece una galería de arte. «Sí, con el peligro de convertirse en la galería de arte de los pintores incapaces de exponer. Éste es un mundo lleno de pintores frustrados. Yo no vengo de ahí, aunque uso estrategias pictóricas para la gráfica. Un libro infantil es la primera entrada del niño a la pintura o las estrategias visuales. La ilustración es ese choque entre la imagen y el texto. El dibujo por separado no tiene sentido. No hay exposiciones de ilustración si prescinden del texto».

¿Amargo y otros están inaugurando un género, diferente a los cuentos de hadas de Freixas en los años treinta o a «La isla del tesoro» de Junceda? «El buen álbum ilustrado es nuevo. Se da poco. Lo normal es que te limiten hasta el número de ilustraciones». Aun así, ve



Pablo Amargo.



antecedentes en el siglo XIX, cuando Aubrey Beardsley desarrolla su mundo junto a los textos de Oscar Wilde, y en el XX, en el trabajo de Saul Steinberg.

No todo se puede ilustrar: «Un dibujante ilustró "Alfanhuf", se fue a ver a Sánchez Ferlosio y éste no le dejó ni entrar en casa, ni quiso ver el trabajo. Alegó que el color ya

estaba en el texto. Pese a que ha generado mucha iconografía, en "El señor de los anillos" todo está escrito y descrito».

Tampoco quiere dibujar un personaje, como Urberuaga con «Manolito Gafotas» (Elvira Lindo) o Sempé con «El pequeño Nicolás» (René Goscinny). «Quiero hacer algo que sea lo menos narrativo posible. Un personaje es una imagen narrativa. En mis libros el personaje es la ilustración».

No vive de los libros, de ellos sólo cobra derechos de autor. «El que quiera hacer un libro que sea prescrito por los colegios puede hacer un buen negocio, pero casi seguro que hará un mal libro». Sí gana dinero con revistas, prensa, carteles y conferencias.

Ha llegado a su forma de hacer rompiendo:

Romper estereotipos heredados como la escuela de los tebeos de la editorial Bruguera o Disney. «Me vuelvo loco por encontrar nuevas maneras de expresarnos. En internet busco imágenes que me enseñen nuevas maneras de representar: culturas populares, modas pasadas, arte, escultura contemporánea. Intento evitar al ilustrador que imita a otro ilustrador. De originalidad tengo la justa. Lo que me mueve es la inquietud, curiosidad e integrar: Chillida, el arte precolombino y el Art Decó están más relacionados de lo que parece».

Romper con lo que le enseñaron: «Estuve convencido de que los dibujos eran artificiales porque te enseñan que no uses la goma de borrar, que copies el propio cuerpo y que trabajes la espontaneidad. Hay otras maneras de trabajar. Hay un cuadro de Roy Lichtenstein que me impresiona por la contradicción: es el dibujo de un brochazo, lo contrario de lo gestual».

Romper con una de las virtudes de la ilustración: «Cualquier imagen debe tener una doble virtud: expresiva y comunicativa. Me interesa sobre todo la comunicativa, la mayor sencillez para escribir por medio de imágenes. Lo expresivo lo dejo en segundo plano».

Estudió y vivió ocho años en Salamanca, hasta que se dio cuenta de que, como ciudad de paso, cuanto más tiempo estás en ella a menos gente conoces. Madrid le agobiaba y en Oviedo tenía sus afectos.

«Estar en Asturias me ha beneficiado. Hay unas luchas ridículas entre Cataluña y Madrid —de las que los catalanes no saben nada— y nos dan cancha a los periféricos: a Max en Mallorca, a Isidro Ferrer en Huesca... Me llega un trabajo muy filtrado. Cuando alguien ha decidido buscar mi número de teléfono ha pensado mucho en que me ofrece algo adecuado».

Instrucción para ver las ilustraciones de estas páginas: «Si no se entiende al primer vistazo no he hecho nada».